

LA PAZ EN EL PENSAMIENTO DEL MANCO DE LEPANTO

JOSÉ MIRANDA CALVO

Numerario

El eco de las conmemoraciones cervantinas reviste, en todo momento y lugar, singulares resonancias que nos llenan de orgullo y deleite al rememorar los distintos aspectos e interpretaciones de sus obras, toda vez que encontramos en las mismas fuente inagotable de ingenio y trascendentes enseñanzas.

Este goce se acrecienta si intentamos, cual es mi caso, extrapolar y expandir uno de los pensamientos más profundos y arraigados en la mente y ser de D. Miguel de Cervantes y Saavedra, que, hoy en día, y como siempre, adquiere mayor valoración y rabiosa actualidad.

El hecho de pertenecer al estamento castrense, en el mismo que con tanto gloria militar nuestro «Manco de Lepanto», implica doblemente el deber de difundirlo y resaltarlo, puesto que, las Letras y las Armas, el aula o la compañía se ensamblan y complementan en un único e idéntico fin: el de lograr y asegurar el más preciado de lo dones que el ser humano tiene recibido, LA VIDA POR LA PAZ.

De ahí que, en esta labor divulgadora y meditación social que año tras año viene realizándose por doquier respecto a la memoria y obra cervantina, intentemos perfilar con toda diafanidad cuanto nos legó sobre tal dicho y hechos, puesto que Cervantes estiliza y precisa como ningún otro escritor este supremo beneficio.

Advirtamos, previamente, para la mejor valoración de su filosofía, que son creencias y pensamientos de un Soldado, más que de un literato, ya que son los Soldados quienes mejor conocen los horrores y desastres que conlleva la alteración de la paz, por lo que, Cervantes, en reiteradas ocasiones ofrece y divulga su doctrinario, destilando por su pluma las esencias del mismo al considerar un deber su exposición, diciéndonos «que la pluma es la lengua del alma».

No en balde, con orgullo y sinceridad suma, atestiguando su doble condición y experiencias, nos declara: «Yo, señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad, Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y, algunos otros, los más maduros, al de las letras».

Uno de los aspectos más desconocidos y consecuentemente menos puesto de relieve en cuanto se refiere a la vida y obra de nuestro Miguel de Cervantes y Saavedra, es, sin duda alguna, el referido al profundo sentido y aspiración que siente por el imperio de la paz, para que ésta, como consecución máxima de la perfección moral humana presida e impregne el orden social, ya que, nuestro insigne «Manco de Lepanto», entiende que si dicho orden social se ve alterado es como resultado de la debilidad y flaquezas de la condición humana.

¿Cómo cabe pensar que el autor de *La Galatea*, el que poetizara a la naturaleza en auténtico canto a su bucólica belleza, idealizando el diálogo pastoril entre Elicio y Erastro con su mente puesta en goce de amor con Galatea junto a las riberas del Tajo, pueda forjar su representación y vivencias sin el íntimo convencimiento de sus añoranzas por los tiempos perdidos y deseados?.

Del claro Tajo la ribera hermosa
 Adornan mil espíritus divinos,
 Que hacen nuestra edad más venturosa
 Que aquella de los griegos y latinos.

Su experiencia juvenil de soldado, hartó probada en los vivos lances del combate y cuyas huellas y marcas le acompañaron de por vida, tras su glorioso comportamiento en su nave La Turquesa, «en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes y esperan ver los venideros», y cuya sencilla descripción refiere, al decirnos:

En fin, has respondido a ser soldado
 Antiguo y valeroso, cual lo muestra
 La mano de que estás estropeado
 Bien sé que en la naval, dura palestra
 Perdiste el movimiento de la mano
 Izquierda para gloria de la diestra.

Dicha experiencia, repito, le hizo aflorar sus íntimos pensamientos en pro de la paz, que de manera plena vierte en diferentes pasajes de su inmortal obra El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, cuya universalidad no consiste solamente en su ingente arquitectura literaria sino, además, en la veta filosófica que condensa con la multiplicidad de sus interpretaciones.

La doble personalidad cervantina, la castrense y la literaria, se yuxtaponen en feliz simbiosis ofreciéndonos la mejor síntesis que su experiencia y concepto de la vida le depararon para afirmar rotundamente que si las armas tienen excepcionalmente que esgrimirse como consecuencia de los intereses de los hombres «... no ha de ser para hacer la guerra sino para conseguir con ellas la Paz» dado

que «las armas tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en la vida» (Capítulo XXXVII).

El afán de perfeccionamiento moral en la conducta humana que manifiesta y persigue a lo largo de sus obras, le lleva a imaginar cómo discurrirían los acontecimientos caso de impedirse los egoísmos humanos. Así nos lo refiere en aquellas sabrosa charla con los cabreros y Sancho Panza; cuando solazándose todos ellos en apacible quietud campestre, tras haber dado buena cuenta de los tasajos de cabra guisados, exprimido el cuerno del vino, en tanto degustaba un puñado de bellotas, a guisa de postre, relata:

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quiénes los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo y mío». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. *Todo era paz entonces, toda amistad, todo concordia*; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a sus hijos que entonces la poseían. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen... Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señeras... Y agora en estos detestables siglos no está segura ninguna...». (Cap. 11).

Este contraste, entre el ideal y la realidad en que el hombre se desenvuelve lo achaca a la falta de convicción y perfeccionamiento moral humano, por lo que, a través de D. Quijote, como personaje que persigue quiméricos ideales, al reflexionar sobre la vida y el quehacer humano nos lanza un llamamiento en aquella plática, en presencia del ventero, el Cura, D. Fernando y la hermosa Dorotea, junto a Luscinda y la mora Zoraida, bien revestido y armado de todos sus pertrechos, con el yelmo en la cabeza y abrazado de su rodela y arrimado a su tronco o lanzón, como estampa viva castrense, exclamando:

«... las primeras buenas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: Gloria sea en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad; y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fue decirles que cuando entrasen en alguna casa, dijese: Paz en esta casa; y otras muchas veces les dijo: Mi paz os doy; mi paz o dejo; paz sea con vosotros, bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya que sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mismo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz...» Capítulo XXXVII).

Vemos, pues, que si D. Quijote pasó toda su vida enmarcado en ininterrumpidas aventuras, siendo tan amante de la paz, lo hizo y luchó por lograrla tan pura y limpia como sentía, al margen de ambiciones, egoísmos y malas artes, para que la justicia, la concordia y la buena voluntad, constituyeran el trípode donde ha de asentarse la convivencia general.

Por ello, salió al «antiguo y conocido Campo de Montiel» en

busca de aventuras, no queriendo «aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer» (Capítulo II).

Con sus hechos y acciones nos legó D. Quijote, una treintena de grandes aventuras, con limpieza de propósitos a costa de su temeridad. Se vió, unas veces a veras, otras con burlas, y las más con fracasos e ingratitudes, por más que admiremos la nobleza de sus ansias, la constancia de sus convicciones, la dignidad de sus ideales y el tesoro de sus sentimientos, siempre sostenido, no por la potencia de su brazo, sino por la de su alma.

Este permanente estímulo en búsqueda de la Paz y Concordia, se basa en el perfeccionamiento moral alcanzado, puesto, que como confiesa a su sobrina, «... sé que la senda de la virtud es muy estrecha y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes; porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin».

Observamos, que las armas de D. Quijote y el propósito que le guía responden inequívocamente a un ideal moral, y como nos dice el Profesor Maravall, para ello, la primera victoria es convencerse y vencerse a si mismo, porque lo que a D. Quijote importa es que se mantenga sin mancha su virtud y la honra, que es su pública manifestación: su victoria moral.

Con ese revestimiento y para que la paz y la concordia imperen, se convierte en paladín de la libertad, no consiente en ver atropellada la justicia, y especialmente, es campeón de la verdad implacable

con la mentira, puesto que, como recientemente nos decía el insigne Julián Marias, al referirse a la degradación actual haciendo un llamamiento al respeto general y verdad, «todo aquel que tolera la mentira, el que no la toma en serio, el que no procura declarar y evitarla, el que no se aparta de sus autores y los declara fuera de la ley, miente con ello, se asocia a su misma empresa, queda contaminado por ese factor de corrupción del cual proceden casi todos los demás».

El pensamiento, pues, de Cervantes es el de un enamorado de la Paz cuya alteración es solamente producto de la mezquina condición humana, que apela a las armas en apoyo de sus egoísmos. De ahí que reniegue del empleo de las armas de fuego, al decir «... bien hallan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquellos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo diabólico inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención».

Su conocimiento y horrores de la guerra, le hará exclamar en su obra *Los tratos de Argel*:

... Más con ninguno hizo mayor daño
que con la hambrienta y despiadada guerra
que al natural destruye y al extraño.
Esta consume, abrasa, echa por tierra
Los reinos, los imperios populosos
Y la paz hermosísima destierra.

Por ello, se lanza al aire de los campos sin más defensa y auxilio que las cualidades y espíritu de su persona para no ver atropellada la Justicia, enfrentándose con Haldudo para que pague sus dineros al pastorcillo; es mantenedor de la libertad, al acometer a la

morisma que persigue a Melisendra tras el rescate de su cautividad por D. Gaiferos; es campeón de la Verdad al luchar con el Caballero del Bosque; y consagra su actividad para exterminar a los malhechores que atormentan a las gentes pacíficas, cuando trata de aniquilar los molinos de viento» aunque mueva más brazos que los del gigante Bricareo».

Así, pues, impone el hábito del buen hacer y su virtud, para que impere la Verdad, la Justicia y la Paz.

Aún cuando siempre parece vencido, resulta eternamente vencedor. Su cuerpo sufre los reveses propios de la temeridad o de la mala fortuna. En cambio, su espíritu, siempre victorioso, triunfa de todas las miserias, de la bajas pasiones, y de los insaciables egoísmos que suelen apoderarse, como invencibles dictadores del corazón humano.

Es, Don Quijote, un símbolo inmortal. Su última aventura, epílogo de una vida gloriosa en significados y fines, nos le muestra hollado innoblemente por una piara de seiscientos cerdos. Son los cerdos de la mezquindad, del materialismo, y de la torpeza, humillando bajo sus pezuñas, el ensueño, el sacrificio, el honor, la pureza de sentimientos, la virtud, la justicia y la verdad, tratando de desaparecer tales sentimientos de su persona, pero, por encima de su fugaz caída, se levanta el corazón del gran luchador como ejemplo perenne que ha de presidir la conducta humana por todos los tiempos.

Si tuviésemos, pues, que sintetizar la filosofía moral que se condensa, como hemos visto, en el pensamiento de nuestro Manco de Lepanto», encontraremos un verdadero anticipo de siglos de la hoy día tan actual y tan anhelada Declaración de los Derechos

Humanos, puesto que al imperar en la sociedad la Paz, con la Verdad y la Justicia, nos dan como resultado el disfrute pleno y responsable de la Libertad, que ha de presidir toda convivencia social para que sea realidad el concepto de dignidad humana.

En esta exaltación cervantina conmemorativa que hoy día celebramos, observando la degradación social que dentro y fuera de nuestro suelo realizan determinados grupos, vulnerando y pisoteando los mas elementales derechos humanos y especialísimamente el de la Vida, impidiendo la Paz, una vez más, lanzamos nuestro llamamiento para que se vea traducida en feliz realidad su pensamiento, tan rotunda y abiertamente manifestado a través de su obra inmortal.